

Querida próxima persona que se siente en este banco y encuentre esta carta:

Últimamente pasan muchas cosas en la gran ciudad, aunque no me sorprende, y he de reconocer que poco a poco he encontrado cierta comodidad en ese sin parar e incluso me he acostumbrado al hecho de que las luces de neón de los escaparates, farmacias y coches de policía inundan las calles y a que lo único que escuche piar sean los semáforos. Aquí parece que nunca nadie descansa del todo, pero yo, a veces y cuando estoy sentada en este mismo banco en el que paso más tiempo del que probablemente debería, encuentro cierto sosiego y miro tan fijamente a las cosas que consigo ver cómo laten los pequeñísimos capilares de mis ojos y, momentáneamente, todo tipo de pensamiento intrusivo, negativo o crítico que pudiera pulular por mi cabeza, desaparece. Por un momento agradablemente largo solo estamos yo y mis latiditos oculares, y es bonito porque durante esos instantes parece que el mundo alrededor también está latiendo, a mi mismo compás, conmigo, y me siento abrazada, recogida. En este preciso momento, sentada en este banco que, aunque sea de dominio público, ya considero como mío, intento expresar lo fascinante que me parece vivir enamorado, no de nadie, sino ¡del mismísimo amor! e intento buscarle mil explicaciones a todo lo que siento tantas veces tan a menudo (aunque con una sola sería suficiente).

¿Sabes? A veces le echo la culpa a la Luna y digo que cuando está llena me afecta demasiado y me convierte en una completa melancólica tendente a pensar constantemente en las cositas de debajo del esternón. Otras veces, intento defender que, en realidad, es culpa de la primavera, y que las flores y los rayos de Sol hacen que de repente mi corazoncito intente salir del pecho y abrirse, intentando abrazar la plenitud del universo. ¡Qué iluso! Llevo ya varios años sabiendo que lo finito, incluso lo más monumental que pudiera imaginarse, nunca jamás podrá abarcar lo infinito, pero el corazón a veces (¡muchas!) parece incansable y sigue intentando abarcarlo, y yo, aquí sentada, me doy

cuenta de que ésta es precisamente y en esencia, su función primordial: expandirse muy por encima de sus posibilidades, dejando sobre todas aquellas cosas con las que logra contactar, un extraño halo de amor y generando con ellas un vínculo que, pese a las distancias y a las repentinas pérdidas de intensidad, se torna indestructible, imperecedero, y por siempre memorable. Pero, el corazón enamorado, en la mayoría de los casos, también padece de un pequeño dolor (me atrevería a decir que, en cierta medida, agradable), que a lo largo de la historia se ha tendido a asociar a nudos y mariposas en el estómago, e incluso a falta de aire en los pulmones, causado en ocasiones precisamente por un estado de somnolencia, de ensoñamiento, en el que entra después de haber volcado su halo mágico; y, en otras, por aquellas cosas que siguen estando fuera de sí y continúa persiguiendo, sabiendo que cabe la posibilidad de que nunca sean alcanzadas, pero siempre ilusionado en su trayecto hacia ellas, porque son precisamente esas cosas las que, a modo de utopía, le impulsan a seguir expandiéndose y a abrazar la plenitud del universo, y es que, cada noche, el corazón enamorado justo antes de descansar, agotado y satisfecho a la vez, piensa impaciente en esos trocitos de universo que le quedan por conocer, tocar, abrazar, y de los cuales también se querrá enamorar, y se enamorará.